

las espaldas, la cárcel fué invadida, y el presidente del distrito Sauveur y el procurador síndico Lefloch fueron arrastrados á la calle y una vez en ella asesinados.

El mismo día 15 de marzo se presentaron veinte mil insurrectos delante de Cholet, capital de distrito en el departamento de Maine y Loira, tomaron la ciudad y el castillo despues de una lucha de siete horas, quemaron los archivos, saquearon las cajas y organizaron una especie de tribunal de guerra, en virtud de cuyas sentencias fueron ejecutadas quince personas.

Lo propio aconteció en otros diez lugares: del 11 al 15 de marzo unas 300 personas sucumbieron víctimas del furor de los labradores, que en las capitales de distrito veían en cada funcionario y en cada guardia nacional un tirano capaz de las mas inauditas crueldades. En pocos días el levantamiento tomó proporciones como las que adquiere un incendio en las estepas; dominaba casi en la totalidad de ocho departamentos, las dos orillas de la corriente del Loira, desde Ingrandes hasta Paimboeuf, y la ciudad de Nantes se hallaba como cercada por un círculo de hierro.

La ciudad de Nantes fué precisamente el centro de la guerra de venganza y de destruccion que la República emprendió en seguida contra los amotinados labradores del Oeste. Ya en 13 de marzo, cuando comenzaron los asesinatos de Machecoul, ejemplo que todavía no se habia seguido en parte alguna, las autoridades municipales y departamentales de Nantes, presididas por el alcalde, llamado Baco, acordaron: que se constituyera un tribunal que juzgara sin apelacion á los rebeldes; que se levantara inmediatamente en la plaza de Bouffay la guillotina; que á cada division de tropas acompañara un tribunal marcial para juzgar sin demora á los que fueran cogidos con las armas en la mano; que se confiscaran los bienes de los sublevados en provecho de la República, y que los señores respondieran por sus criados y los padres por sus hijos.

De esta manera se encontraron frente á frente los labradores de las comarcas llanas y los republicanos de las ciudades, armados todos y dispuestos á sostener una guerra civil; no habia, pues, mas antagonismo que entre campesinos y habitantes de las ciudades. En una proclama fechada en 19 de marzo de 1793 se decia: «Durante seis dias nos encontramos reunidos veinte mil hombres, pero no habia entre nosotros uno solo que no fuera campesino; de modo que hubiera sido imposible encontrar un habitante de ciudad ni un noble.» Entre los jefes de los rebeldes se distinguían tres: Cathelineau, Stofflet y Gaston, el primero era cochero, el segundo guardabosque y el tercero peluquero, gente cuyo abolengo distaba mucho de ser distinguido y que no conocían la fama que Bonchamp, La Rochejacquelin, Lescure y d'Elbée debían prestar despues al nombre y á la causa de la Vendée (1).

El mes de marzo de 1793 atrajo desgracias y mas desgracias sobre la República, no solo en el Oeste sino tambien en el Norte.

En la sesion del 31 de enero la Convencion se abandonó por última vez á la esperanza de que su poder era inquebrantable. Habíase decretado la anexion del condado de Niza y se habia tenido conocimiento de que la poblacion del principado episcopal de Lutich imploraba igual beneficio, cuando Danton pidió la palabra para pedir tambien la anexion de Bélgica (2). «Esta incorporacion, decia, la habeis decidido de antemano con vuestro acuerdo de 15 de diciembre. No pido nada á vuestro entusiasmo, pero lo pido todo á vuestra inteligencia. Los límites de la Francia están trazados

(1) Mortimer-Ternaux, VI, págs. 273-277.

(2) *Hist. parl.*, XXIII, pág. 429.

por la naturaleza; nuestra República debe terminar en las orillas del Rin y en las laderas de los Alpes. Ningun poder puede contenernos: en vano se nos amenaza con la cólera de los reyes; ya les habeis tirado el guante, en forma de cabeza de un tirano. No pensemos mas que en el desenvolvimiento de las fuerzas nacionales; enviemos comisarios á todas las municipalidades de la República para pedir hombres y dinero, y lancemos toda la Francia sobre el enemigo. Por lo que á Bélgica se refiere, la plebe y los campesinos quieren la anexion: se encuentran en estado de recibir la libertad y merecen estar unidos con Francia por lazos indisolubles. Si vuestro decreto de 15 de diciembre se ha encontrado con cierta resistencia, débese á las vacilaciones de los patriotas pusilánimes. Decretad, haced que se cumplan las leyes francesas, y al momento, por virtud de esas leyes, el suelo de la libertad quedará purgado de los sacerdotes que son un estorbo á la paz y de los nobles levantiscos. Si esa purificacion se lleva á cabo, conseguiremos ganar hombres y dinero (3).»

La Convencion resolvió, en efecto, invitar al pueblo belga á que decidiera en sus asambleas primarias acerca de su anexion á Francia, creyendo que este acuerdo era la mejor contestacion que podia darse al número infinito de comunicaciones que llegaban de Bruselas, Namur, Tournay, Lovaina, Amberes, Malinas, Gante, Brujas é Ipern, pronunciándose en contra del funesto decreto de 15 de diciembre y pidiendo su revocacion ó atenuacion (4). Se hizo la votacion, pero el sí que con ella se consiguió no fué el voto del pueblo belga, sino de la chusma jacobina, que durante el acto se vió protegida por las bayonetas francesas contra el descontento de sus compatriotas que pensaban de distinto modo. Allí donde no estaban las bayonetas, los franceses y los amigos de estos no tenían la vida muy segura. Era una verdad palmaria lo que despues decia un orador á los jacobinos de Paris: «La anexion á la República francesa solo ha sido votada por los descamisados: estos son los únicos que han acordado las distintas incorporaciones (5).» Unicamente los que nada tenían que perder podían permanecer indiferentes ante el diluvio de los asignados sin valor alguno que invadían el país, y cuya admision en vez de metálico ocasionaba grandes pérdidas; esto amen de la consideracion de que en un pueblo fanáticamente católico se confiscaran los bienes de las iglesias y de las fundaciones piadosas, y se sellaran las sacristías con todos los tesoros del templo é imágenes del culto, realizado todo esto por hombres como los comisarios Danton y Lacroix, Ronsin y Chaussard, á quienes en aquel país su fanatismo recomendaba tan poco como su reputacion.

La triste situacion en que se encontraba la Bélgica estaba perfectamente en armonía con el aventurado plan que el general Dumouriez relacionaba con su campaña de Holanda. Acerca de este plan, se expresó despues (6) en los siguientes términos: «Quería penetrar en Holanda y tenía para ello en mi mano los medios infalibles: solo necesitaba sacrificar hombres y los holandeses me deseaban; dueño de Holanda, donde tal vez hubiera tolerado el saqueo, pensaba tomar los voluntarios republicanos con quienes creyera poder contar y organizar mis tropas de línea, que comenzaban á escasearme. Con ejército tan formidable hubiera penetrado

(3) Mortimer-Ternaux, VI, págs. 138-139.

(4) Mortimer-Ternaux, VI, págs. 135-136, nota 2.

(5) Mortimer-Ternaux, VI, pág. 143.

(6) *Conversation entre Mr. Dumouriez et Mr. le comte de Starhemberg tenue à Bruxelles le 18 avril 1793*, en las *Fuentes para la historia de la política imperial alemana, 1790-1801*, tomo III. Obra publicada por Zeissberg, Viena, 1882, pág. 7.

en Bélgica y libertado á este país de nuestros nuevos tiranos convencionales, mucho mas odiosos que aquellos (los austriacos) de quienes por primera vez lo habia libertado. La nacion belga hubiera proporcionado un nuevo contingente á mi ejército, con el cual hubiera atacado á los austriacos y los hubiera arrojado á Alemania para volver despues á Francia con un ejército numeroso y nunca vencido, y con la Constitucion en la mano derrotar á la República y á sus partidarios, instituir en mi patria un monarca y una ley, y dictar luego la paz al resto de Europa.»

Su plan fracasó por completo desde un principio; su ejército, compuesto aproximadamente de 17,000 hombres (1), atravesó en 17 de febrero las fronteras holandesas por Bergen op-Zoom, y Dumouriez salió á su vez de Amberes con sus cañones y con las últimas tropas el día 22 de febrero (2). Tras rápidas victorias, apoderáronse los franceses el 24 de febrero de Breda, el 26 del fuerte Klundert y el 5 de marzo del castillo de Gertruyden. Mientras Dumouriez reunía los buques de transporte para llevar al través del Diep holandés á sus tropas, que acampaban en cabañas de paja, los generales Miranda y Valence, encargados de defender la línea del Mosa contra los ataques de los austriacos, se vieron acometidos con terrible ímpetu por estos, á quienes mandaba el príncipe Josías, viéndose empujados desde Roermonde y Maestricht y desde Tongeren, Lutich y Bise hácia Saint-Trond, en el camino de Bruselas. Allí permanecieron los dos cuerpos de ejército, desde aquel momento unidos, los días 6 y 7 de marzo para dar algun descanso á las tropas. El día 8 emprendióse la retirada hácia Tirlemont y Lovaina. El ejército francés se hallaba completamente disperso y sus restos amenazados de muerte por los campesinos, profundamente indignados: su ruina era inminente si no ocurría inmediatamente un cambio.

Dumouriez fué llamado de Holanda, pero en vez de acudir inmediatamente á auxiliar á su amenazado ejército, comenzó en Bélgica una guerra contra los comisarios de la Convencion y por tanto contra la Convencion misma (3). En Amberes puso término al conflicto entre las autoridades y el comisario Chaussard, expulsando á este sencillamente de la ciudad. En Bruselas, el comisario Chepy sufrió igual suerte, con la sola diferencia de que fué conducido hasta la frontera debidamente custodiado por gente armada; al propio tiempo, fué disuelta la llamada «legion de descamisados» y su pretendido general Estienne encerrado en una cárcel. Inmediatamente convocó Dumouriez, el 11 de marzo, á las autoridades para celebrar una asamblea pública, en la cual, rodeado de su estado mayor, hizo ante una multitud inmensa la siguiente declaracion: «Ciudadanos: Se han cometido faltas y hasta delitos con la nacion belga: quiero remediar las unas y castigar los otros. A vosotros tan pronto se os ha dicho que sois funcionarios como que no lo sois: lo sois en efecto, porque el pueblo os ha elegido. Volved á entrar en seguida en el pleno ejercicio de vuestras atribuciones. A los templos les serán inmediatamente restituidos por mi órden los vasos sagrados, que tan indignamente les fueron arrebatados. Los franceses, los soldados de la libertad, no deben ser equiparados á los bandidos. He ordenado que los ciudadanos que hayan sido arbitrariamente encarcelados sean inmediatamente puestos en libertad, y asimismo haré poner en libertad á los que han sido detenidos como rehenes. He prohibido á todos los clubs patrióticos que se mezclen en cuestiones militares ó administrativas bajo pena de ser inmediatamente cerrados. Belgas, yo dirigiré vuestra defensa contra la injusticia, de la

(1) Este cálculo está tomado de Sybel, II, pág. 184.

(2) *Tableau historique*, II, pág. 251.

(3) Mortimer-Ternaux, VI, pág. 157.

misma manera que os he defendido y os defenderé contra las bayonetas enemigas (4).» Una hora despues, se fijaban en todas las esquinas las principales disposiciones contenidas en este discurso. Cuando Dumouriez, el 12 de marzo, habló de este acto inaudito de arbitrariedad en el cuartel general de Lovaina con los cuatro miembros de la Convencion, Camus, Treilhard, Gossuin y Merlin, dijo Camus: «Si yo hubiese sabido que queriais representar el papel de César, hubiera representado el de Bruto y os hubiera asesinado.» Entonces el general sacó del bolsillo un despacho que dirigía á la Convencion,—era el célebre despacho del 12 de marzo (5)—en el cual se censuraba tan duramente el proceder de los jacobinos en el ministerio de la Guerra y en Bélgica, que los comisarios se sintieron como heridos por un rayo ante la idea de las consecuencias que podia traer consigo un rompimiento entre la única espada de la República y las autoridades de Paris, en la perspectiva de la invasion de un enemigo victorioso.

El general Dumouriez conocia perfectamente á los soldados franceses y sabia lo que podia exigir de ellos quien con su ejemplo supiera espantar á los ánimos apocados y vacilantes que existen en toda expedicion. Brillante prueba del ascendiente que sobre sus tropas tenia el vencedor de Jemmapes fué el hecho de que en pocos dias hizo cesar la disolucion que por todas partes habia encontrado y reunió prontamente un ejército de 50,000 hombres que á marchas forzadas fueron al encuentro de los austriacos. El 16 de marzo, despues de un combate de ocho horas, arrojó al enemigo de la plaza de Tirlemont, de la que hacia poco se habia apoderado, y el 17 hizo sus preparativos para la batalla decisiva que queria dar el 18.

En esta batalla, conocida con el nombre de batalla de Neerwinden (6), se vió claramente la debilidad interior que minaba al ejército francés. Mientras el centro, mandado por el «general Igualdad» (duque de Chartres) desde la aldea de Neerwinden, y el ala derecha conducida por Valence desde la cercana de Oberwinden, combatían, formando un círculo de algunas horas de extension, sin resultado alguno decisivo contra el conde Colloredo y el general Elerfayt respectivamente, en el ala izquierda el general Miranda, que en un principio luchaba con éxito, á las dos de la tarde vaciló ante una primera embestida del ejército que mandaba el archiduque Carlos, jóven de 22 años, en el puente echado junto á Orsmael, en la gran carretera entre Tirlemont y Saint-Trond. Despues cedió por completo al segundo ataque; sus soldados en su mayoría bisoños (eran voluntarios), se sintieron presa del mas terrible pánico y huyeron á la desbandada en todas direcciones. Dumouriez, perdida su ala izquierda, en la mañana del 19 de marzo emprendió, con el resto de su ejército, la retirada hácia Lovaina; habia perdido 5,000 hombres, entre muertos y prisioneros, y 30 cañones; pero esta, para sus planes personales, era la pérdida menos importante.

En la noche del 20 al 21 de marzo celebró en Lovaina una entrevista con los dos comisarios de la Convencion, Danton y Lacroix, íntimos amigos suyos, entrevista que dió por resultado que, á instancias de ambos, les entregara un billete dirigido al presidente de la Convencion, diciéndole que no decidiera nada respecto de su carta del 12 de marzo hasta que se le ofreciera ocasion de enviarle una aclaracion de la misma carta. Esto estaba perfectamente ideado para proporcionar á sus dos amigos, á quienes la Convencion respetaba como ciudadanos, no solo por sus talentos militares sino por sus virtuosos sentimientos, una acogida en Paris mejor de la

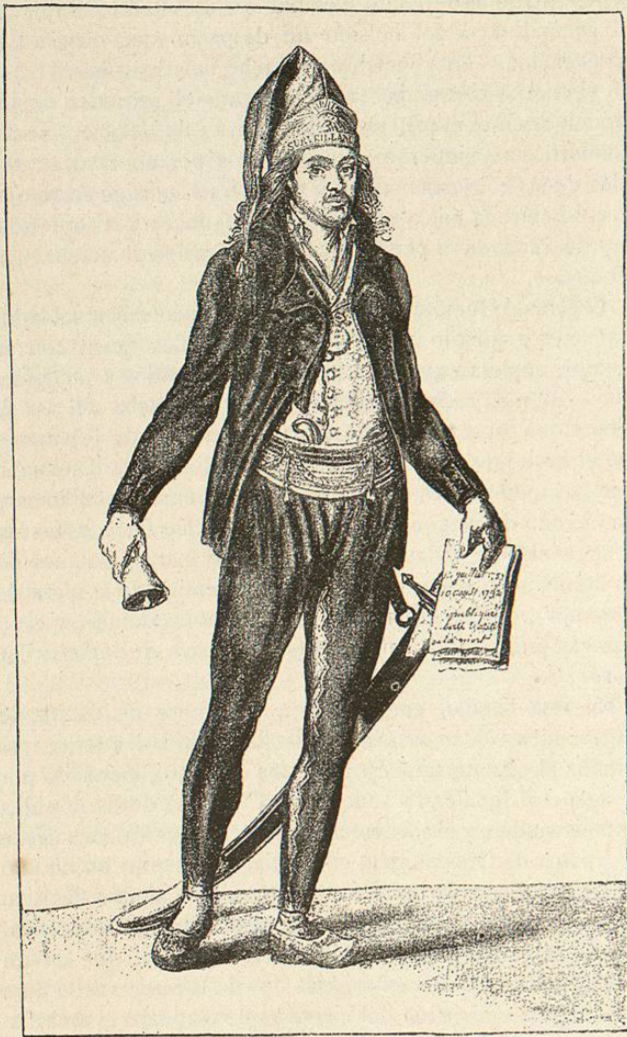
(4) Mortimer-Ternaux, VI, págs. 159-160.

(5) Integro en Mortimer-Ternaux, VI, págs. 164-170.

(6) Sybel, II, págs. 195-198.



que en otro caso hubieran tenido. Danton, que el día 24 regresó á Paris, no se atrevió á presentarse en público antes del día 27; Lacroix se había quedado en Bruselas. El billete de Dumouriez apenas pudo hacer mas que constituir una pausa en su situacion, pues habiendo dado á los periodistas de Bruselas copias de su carta á la Convencion, esta circulaba ya entre el ejército, y no podia estar muy lejos la



Tipo de un jacobino (copia de un dibujo de la época).

En la parte anterior de la gorra se ve bordado un ojo abierto y debajo la palabra: *Surveillance*, emblema de la sociedad cuyos miembros se llamaban *celadores* (vigilantes ó sindicos) de la autoridad. Sobre el pecho cuelga una medalla que le da á conocer como miembro del club de los jacobinos. La campana que lleva en la mano derecha significa que está pronto á tocar á rebato á la primera sospecha de peligro que pueda amagar á la patria. En los papeles que tiene en la mano izquierda están escritas las fechas de 14 de julio de 1789 y 10 de agosto de 1792. En el cinturón se ven dos pistolas, y pendiente del mismo un gran sable. Por calzado lleva los característicos zuecos de madera del campesino francés.

hora en que estallara la bomba en la Asamblea. Así, pues, si se creía en el caso de tomar una actitud resuelta no había momento que perder. La situación tomaba también un carácter apremiante bajo el punto de vista militar: los austriacos atacaban con ímpetu cada vez más irresistible á las columnas francesas, cada vez más débiles: casi diariamente se trababa un combate y cada combate era para ellas una derrota. Cerca de Lovaina aconteció el día 22 que, como en Neerwinden, dos divisiones completas abandonaron en pleno fuego sus puestos y se retiraron al otro lado del Dyle, con lo cual el ejército se vió obligado á evacuar aquella ciudad y regresar

rápidamente á Bruselas (1). El 23 de marzo Dumouriez pasó el Rubicon: envió su ayudante, el coronel Montjoie, al príncipe de Coburgo, aparentemente para tratar de un canje de prisioneros, aunque en realidad para solicitar del príncipe que enviara á avistarse con él un oficial de alta graduación, á quien tenía que hacer confidencias de gran importancia, pues, añadía, que estaba decidido á poner fin á los males que aquejaban á su patria, á restablecer la monarquía constitucional, á disolver la Convencion y á castigar á los criminales parisienses.

Después que Dumouriez hubo evacuado á Bruselas y fijado su cuartel general en Ath, detrás del Deuder, avistóse allí con él, en la noche del 25 de marzo, el coronel Mack, jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, con el cual celebró una entrevista secreta; y en ella el general francés, á cambio de la evacuación de Holanda y de Bélgica, especialmente de las plazas fuertes ocupadas, obtuvo la promesa de que en su retirada no sería molestado ni perseguido allende las fronteras francesas, mientras con su ejército trabajara para la realización de su gran plan. Dumouriez explicaba su proyecto del modo siguiente: «Primero, me dirigiré á la espalda de Lila, y desde allí, con una vanguardia, compuesta de mis tropas de confianza, marcharé sobre Paris. Una vez en Paris, mi primer cuidado será apoderarme del club de los jacobinos y de sus peligrosos individuos, poner en seguridad el Temple, salvar á la reina y al Delfín, disolver la Convencion y proclamar con mis tropas al Delfín rey de Francia. Los parisienses de buen sentido estarán de mi parte, y de ellos existe un gran número. Por lo que se refiere á los medios para publicar una Constitución conveniente y duradera, no puedo precisarlos en este momento; pero yo desearía que se tomara por base la Constitución inglesa, pues su excelencia está garantida por los resultados: el rey debe tener más poder y más consideración de los que la primera Constitución le daba; la nobleza debe ser repuesta en el goce de sus honores y de sus bienes dentro de ciertas limitaciones, y el pueblo debe ejercer soberanía (?) por medio de sus diputados. Pero así como estoy dispuesto á sacrificar millares de vidas para que la Constitución se apoye en la parte más sana y más inteligente de la nación, del mismo modo lo estoy, y lo declaro de antemano con sinceridad, á sacrificar centenares de millares de vidas, si está en mi mano, para evitar que las potencias extranjeras intervengan para nada en esta futura Constitución, para impedir que ningún emigrado, de los alistados por el conde de Provenza, sea admitido en este nuevo estado de cosas, pues los emigrados son los que con su huida y su ilógico proceder han despertado en Francia todos los odios y todos los crímenes y han eternizado la anarquía. Ellos tendrán que someterse incondicionalmente á la nueva Constitución (2).» Estas palabras fueron pronunciadas en presencia del general de Valence, del duque de Chartres, de Thouvenot y del coronel Montjoie, los cuales declararon solemnemente que el general les había hablado al alma y que como él pensaba la parte más sana y más numerosa de la nación.

Seguro de los austriacos, trasladó Dumouriez su cuartel general á Tournay, donde, con toda franqueza, comunicó su plan á tres comisarios del ministerio del Interior, anunciándoles de antemano su feliz éxito con palabras jactanciosas. Apenas hubo trasladado su cuartel general á Saint-Amand, recibió una invitación de los comisarios de la Convencion, que se encontraban en Lila, para que aquel mismo día se avistara con ellos, á fin de justificarse de graves imputaciones.

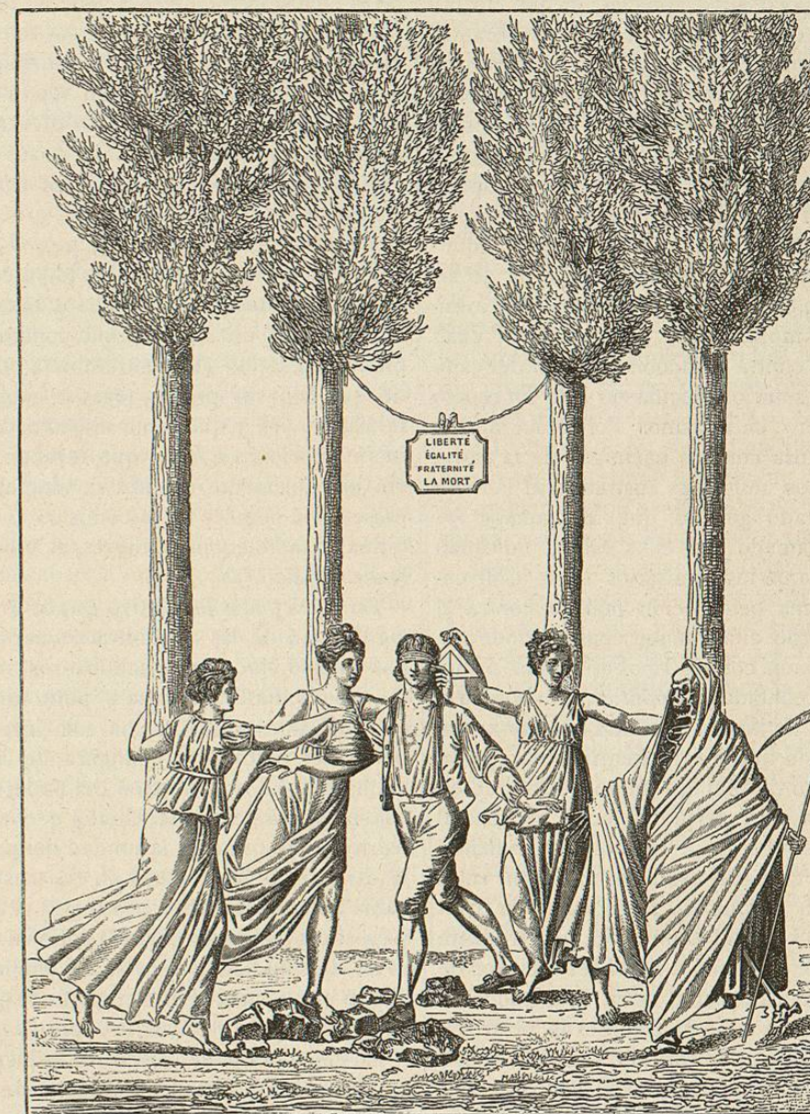
(1) Mortimer-Ternaux, VI, pág. 307.

(2) Mortimer-Ternaux, VI, pág. 310, inserta toda la conversación, tomándola de la relación del coronel Mack al príncipe de Coburgo.

nes. En una desdeñosa carta se negó á comparecer, situó el ejército de las Ardenas en el campamento de Maulde y el belga en el campamento de Bruille; y en este punto, al Sur del Escalda y de las fronteras belgas y á derecha é izquierda del Scarpe se desarrollaron los sucesos que decidieron de la suerte de Dumouriez.

El día 1.º de abril se atrevió á hacer prender por sus hús-

sares y á retener como rehenes en el campamento de Elerfayt á los cuatro comisarios de la Convencion, cuyo orador era Camus y á quienes acompañaba el ministro de la Guerra Beurnonville, que habían ido á verle para invitarle á que se presentara en la barra de la Convencion. En la noche de este mismo día redactó un manifiesto á su ejército y otro á las autoridades administrativas del departamento del Norte



Facsimile de un grabado de la época de la Revolución

El letrado suspendido entre los árboles dice: «Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.» Las figuras representan á un ciudadano francés que con los ojos vendados quiere coger la libertad, la igualdad y la fraternidad, que se burlan de él; y mientras se esfuerza en vano por lograr su intento, está expuesto á tropezar en las piedras, á caer, ó á encontrarse en brazos de la muerte.

y luego procuró asegurar la posesión de las plazas fuertes de Lila y de Valenciennes. Su plan había fracasado, sin que él lo supiera, en ambos puntos, cuando el día 2 de abril montó á caballo para visitar las tropas del campamento y ver el efecto que su manifiesto había producido. En el campamento de Bruille fué acogido con gran entusiasmo; pero en el de Maulde la opinión estaba muy dividida, siéndole enteramente hostil la de los voluntarios. El día 4 de abril supo que no podría dar á los austriacos las ciudades de Lila y de Valenciennes, que eran dos de las plazas de seguridad que les había prometido, y en aquel mismo día tuvo que presentarse en un lugar de la frontera para avistarse con el príncipe de Coburgo. Por el camino fué saludado con descargas de

fusil que hicieron tres batallones de voluntarios á los gritos de: «¡Alto, traidor!» Con grave riesgo de su vida pudo, sin embargo, escapar por el Escalda y hablar en Bury con el coronel Mack. Cuando en 5 de abril volvió al campamento de sus tropas, para llevarlas inmediatamente sobre Paris, se hizo acompañar de una comitiva cuya sola inspección debía anular su influencia aun á los ojos de sus más fieles adictos.

Un general austriaco le acompañaba con un escuadrón de dragones imperiales del regimiento de Latour. En el campamento de Maulde, el vencedor de Jemmapes se lamentó de los «bandidos» voluntarios que le habían disparado seiscientos tiros matándole un criado y varios caballos, y colmó de elogios delante de sus compatriotas franceses á los va-



lientes dragones de Latour, que le habían salvado la vida. Después preparó la marcha sobre París, en la cual debían acompañarle cincuenta mil austriacos en el caso de que sus tropas no fueran suficientes.

Semejante modo de hablar, que Dumouriez creyó poderse permitir estando como estaba protegido por los dragones austriacos, demostró bien claramente hasta qué punto aquel hombre de tanto talento estaba imbuido en las ideas de la antigua Francia y cuán poco supo apreciar, él que era tan buen calculista, el poder de los resortes que la nueva Francia había movido en el ejército. Sabía muy bien la diferencia que existía entre el modo de pensar de las tropas de línea y el de los voluntarios; pero solo entonces supo los puntos de semejanza que había entre unos y otros a pesar de estas diferencias. La profunda antipatía que inspiraban la indisciplina jacobina, causa de la derrota de Neerwinden y de la vergonzosa evacuación de Lovaina, y la anarquía é ineptia administrativas que privaban á los defensores de la patria de las cosas mas indispensables, estaba entre las tropas tan arraigadas que, fuesen ó no monárquicas sus opiniones, cualquiera orden de combate contra el jacobinismo, así del campamento como de París, sería obedecida no solo sin reparo sino hasta con verdadero entusiasmo. Pero esta misma guerra civil hecha en alianza con los enemigos de la patria era muy distinta cosa. Los uniformes austriacos al lado de su hasta entonces celebrado general, que les llamaba *sus hijos*, siendo á su vez llamado por ellos *padre*, indicaban á las tropas (que sabían que los comisarios de la Convención habían decretado una persecución pública contra el general por rebelde y reo de alta traición) hasta dónde podía conducirles su asociación con él. El sentimiento nacional, con el cual no había contado Dumouriez, se sobrepuso en el ánimo de las tropas de línea á toda otra consideración. Con semblante sombrío, sin una voz de asentimiento, oyeron las tropas del campamento de Maulde un discurso que en otras condiciones hubiera sido de gran efecto. El general hablaba todavía, sin poder obtener el menor éxito, cuando le llegó la terrible noticia de haber estallado un motín entre la artillería, que tenía su parque de municiones en Saint Amand. A una de caballo voló allí Dumouriez, penetró entre los artilleros y les conjuró, apelando á todos los recursos de su elocuencia, á que le permanecieran fieles. Pero todo fué en vano; los artilleros con sus ochenta cañones le obstruyeron el camino de Valenciennes, y la noticia de su sublevación fué causa de disolución completa en ambos campamentos. Al ver que todo estaba perdido, Dumouriez, con algunos amigos leales, pasó la frontera en Rumegies y dos horas después se encontraban todos seguros en Tournay.

Un caso de verdadera traición como este no podía menos de ser de inapreciable importancia para un partido que no podía vivir sin pintar por todas partes los fantasmas de la traición. A la primera noticia de la traición de Dumouriez comenzó entre la Gironda y el partido de la Montaña una lucha á muerte que terminó con la derrota completa de los girondinos y la victoria de los montañeses; pero el resultado final fué el asesinato de los primeros y el suicidio de los últimos. La Gironda, en efecto, trabajó con admirable perseverancia en su propia ruina y con incomparable talento sirvió ella misma á la causa de sus enemigos.

Desde que los girondinos hicieron á los bandidos que en 10 de marzo de 1793 pedían ya sus cabezas, la imperdonable concesión de que formaran un tribunal revolucionario presidido por Fouquier-Tinville, en el cual cada jurado debía emitir oral y públicamente su voto, era preciso estar muy ciego para tomar todavía en 1.º de abril un acuerdo que destruía el último escudo que contra la violencia tenía

la Gironda. En su furor hácia el asesino de setiembre, Danton, los girondinos tuvieron la insensata idea de acusar á este de cómplice en los planes realistas de Dumouriez, y el resultado fué suscitar en el pecho del acusado un volcán de odio mortal y publicar los acusadores un decreto que se volvía contra ellos mismos. En virtud de este decreto, fechado en 1.º de abril, la inviolabilidad de un diputado de la nación francesa nada significaba cuando la Convención, á propuesta de la comisión de defensa general, tenía poderosos motivos para formular contra uno de sus miembros la acusación de «inteligencias traidoras con los enemigos de la libertad, de la igualdad y de la Constitución republicana.» Con la suspensión de la inviolabilidad de los diputados, la Gironda se entregaba ella misma á la cuchilla de sus enemigos.

En los dos meses que siguieron á este decreto, la Gironda en mil escenas tumultuosas dió pruebas de valor, talento y elocuencia, pero demostró al propio tiempo su incapacidad para la acción, su lamentable impotencia para defender sus propias cabezas y mucho menos para crear en aquel indefenso Estado un régimen que contara con la disciplina y el orden necesarios. ¿Y cómo hubiera podido hacerlo un partido que con sus propias leyes se había prohibido formar un ministerio (1), y que tenía respecto de la esencia de un gobierno nociones é ideas que rayaban en la locura? Esto se vió palpablemente cuando Condorcet, el gran matemático, presentó, á nombre de la comisión constitucional, de la que formaba también parte Sieyès, el proyecto de un nuevo derecho político (2).

En él, el poder legislativo estaba debilitado por una especie de veto de las asambleas primarias, que podía ejercerse por un solo ciudadano cuando otros cincuenta convenían con él y que podía llegar hasta el punto de que la representación nacional, por causa de una sola ley, hubiera de disolverse por haber perdido la confianza de la mayoría de aquellas asambleas. La organización del poder del Estado estaba hecha muy utópicamente. Cierto que la Gironda se mantenía teóricamente firme en la unidad del poder. Ducos decía que la división de los poderes no era mas que una quimera que había tenido aceptación por seguir el ejemplo de Inglaterra; y en el proyecto se rechazaba también en absoluto todo cuanto de lejos pudiera parecerse á federalismo. Pero si se hubiera puesto en práctica el gobierno que se proponía, no se hubiera hecho mas que organizar la anarquía.

En efecto, el poder ejecutivo hubiera tenido que confiarse á un Consejo de Estado compuesto de agentes revestidos de iguales derechos, cada uno de los cuales habría tenido que encargarse de una parte determinada de la administración, no pudiendo todos juntos tomar acuerdos generales mas que sobre asuntos de carácter general. Esto se comprendía perfectamente; pero quedaba compensado por la insensata disposición en virtud de la cual el Consejo de Estado se renovaría cada año por mitad y sus miembros serían elegidos no por el poder legislativo sino directamente por el pueblo. Las elecciones populares para ministros y agentes, y el cambio de la mitad de estos cada año, sin tener para nada en cuenta los negocios, eran ya bastante causa de anarquía; y sin embargo aun había mas, pues cada ministro que se hiciera objeto de una acusación del cuerpo legislativo debía cesar inmediatamente en sus atribuciones y ser reemplazado por uno de sus sustitutos tomado á la suerte, para disipar cualquiera sospecha de que el interés ó la ambición de un sustituto que deseara ocupar la plaza hubiese podido influir en la decisión de la Asamblea.

(1) Véase mas arriba.

(2) Véase Mortimer-Ternaux, VII, pág. 181.

Estas disposiciones demostraban que en Francia ni se había gobernado ni se podía gobernar y que el ideal del Estado para los girondinos venía á ser en definitiva la ausencia de todo gobierno. Todos sus esfuerzos se estrellaban ante la impotencia ó la inutilidad, cuando no los encaminaban á secundar los planes de sus enemigos mortales, como lo hicieron con singular perseverancia ya directa ya indirectamente.

Ya en 15 de abril, la municipalidad de París había declarado abiertamente la guerra á la Gironda, exigiendo el inmediato «castigo de los infames plenipotenciarios que habían hecho traición á la causa del pueblo» y enviando á la Convención al alcalde Pache, al frente de una comisión, para pedir la expulsión de veintidos girondinos cuyos nombres iban escritos en una carta que se acompañaba. No podía manifestarse mas abiertamente la tempestad que se preparaba contra los jefes de la mayoría de la Convención. De que la realización del proyectado golpe de Estado pudiera prepararse en pleno día y sin estorbo ni castigo cuidó el girondino Garat, sucesor de Roland en el ministerio del Interior, el cual, perfectamente enterado de todos los detalles del complot por las relaciones de su policía secreta, relaciones que actualmente conocemos, creyó deber suyo en todos aquellos casos en que hubiera sido necesaria su intervención, ó no hacer nada ó hacer todo lo contrario de lo que hubiera podido servir á la causa de su partido, que en aquel caso concreto era también la causa del orden. En una de las comunicaciones secretas de la policía, que no solo le daban cuenta de lo que ocurría, sino que le señalaban la manera de evitar el mal, se encuentra una nota, puesta probablemente de su propio puño y letra, ó por lo menos inspirada por él, que dice: «Ninguna medida para restablecer el orden que exija una violación de las leyes vigentes ó una apelación sin derecho alguno á la violencia, puede ser adoptada por un ministro patriota (1).» El ministro que había adoptado esta divisa, estaba obligado á dejar que los anarquistas hicieran lo que tuvieran á bien; y estos por su parte hacían públicamente lo que mas conveniente les parecía.

El día 13 de mayo acordó la municipalidad de París formar con los ciudadanos mas pobres, «que fueran verdaderos descamisados» (*sans-culottes*), un ejército revolucionario pagado, y desarmar y prender con él á todos los sospechosos, que tanto abundaban en París y á quienes se atribuía naturalmente la culpa de la guerra civil de la Vendée (2). Este acuerdo se tomó públicamente; pero á él se añadió que las medidas contra los sospechosos serían adoptadas por el alcalde y la administración de policía, en virtud de un plan que debía concertarse secretamente. La Gironda se había desarmado de antemano contra un procedimiento de esta naturaleza: á fines de marzo había ordenado á las secciones de París la formación de juntas de vigilancia, dándoles el derecho de hacer registros domiciliarios y de prender á los sospechosos; y en la primera semana de abril, había resuelto que en todas las grandes ciudades se creara un ejército de descamisados á sueldo que, como decía Danton, «tuviera á los aristócratas bajo sus picas.» Para costear estos gastos, publicáronse en mayo una serie de decretos que, en forma de empréstitos, proporcionaron á las secciones abundantes recursos (3). Todo esto había manifestado al ministro Garat el agente de policía secreta Dutard, escribiéndole en 16 de mayo: «Os lo confieso lealmente; cuando comparo

(1) A. Schmidt: *Tableaux de la révolution française publiés sur les papiers inédits du département et de la police secrète de Paris*. Leipzig, 1867, I, pág. 202.

(2) *Hist. parl.*, XXVI, pág. 474.

(3) Todos estos decretos se encuentran extractados en Taine: *La Révolution*, II, págs. 435-436.

entre sí los medios de que disponeis y las medidas que adoptais, no acierto á comprender lo que queréis. Me parece como si os oyera decir á las facciones: oid, voy á deciroslo todo. Tenemos recursos, pero no queremos emplearlos contra vosotros: demostraría muy poco valor por nuestra parte el atacaros, cuando no tenéis fuerzas suficientes. El poder público dimana de dos fuentes, de la fuerza del derecho y de la fuerza de las armas. Perfectamente, en seguida crearemos juntas de vigilancia á cuyo frente os pondremos, porque con ese látigo podéis azotar á todas las personas decentes de París; formareis la opinión pública, vejareis y atormentareis á los buenos ciudadanos; queremos hacer aun mas, porque el sacrificio no sería completo: queremos regalaros nuestra gente armada, permitiéndoo y dándoo facultades para desarmar á los que creais sospechosos; por lo que á nosotros hace, hasta estamos dispuestos á daros nuestros cuchillos de bolsillo... Pero tened cuidado; nos quedaremos solo con vuestras virtudes, con nuestros talentos, pero si, olvidando los deberes de la gratitud, osais tocar á nuestras personas sagradas, encontraremos en la comunidad de todos los departamentos vengadores, y si los departamentos no cumplen sus promesas, pronto tendréis que redoblar vuestra vigilancia (4).» Por fin, en 18 de mayo el partido girondino despreció del letargo de su suicida indiferencia, y haciendo un esfuerzo supremo tomó un acuerdo que casi tenía la apariencia de un acto; pero cuando hubo necesidad de luchar, dejó caer sin valor alguno la espada en la tumba.

Desde el 10 de mayo, la Convención celebraba sus sesiones en los salones, nuevamente arreglados, de las Tullerías. Aun cuando esta traslación significaba evidentemente la toma de posesión del poder del Estado, pronto se vió que el poder soberano residía, no en la Asamblea, sino en los grupos de jacobinos de ambas clases que sitiaban los alrededores y poblaban las galerías y á veces llegaban á penetrar en el interior. Una sola tentativa hizo la Convención para librarse de aquella opresión que la ahogaba, instituyendo en 18 de mayo una comisión de doce individuos con poderes plenos y extraordinarios; pero apenas la comisión de los Doce se atrevió á hacer un par de prisiones, entre ellas la de Hebert, el famoso editor del periódico sanguinario: *Père Duchesne*, dejóse sentir el rugido de los anarquistas de las secciones y de las Casas Consistoriales. Un enjambre de diputaciones penetró en la Asamblea y logró, en medio del tumulto que motivaron los alborotadores intrusos, que en las últimas horas de la noche del 27 de mayo se tomara un acuerdo disponiendo la supresión de dicha comisión.

Como era natural, la Convención, al reunirse de nuevo el día 28, revocó este último acuerdo, pero entonces estalló la tormenta popular del ejército de la rebelión, hábilmente preparada, á la cual tuvo que someterse la Gironda primero el día 31 de mayo y luego el día 2 de junio (5).

En medio del ruido de las campanas tocando á rebato y del estrépito de los cañones, una junta central revolucionaria, que hasta entonces se había reunido en el palacio arzobispal y que estaba presidida por un tal Dobsen, tomó posesión de las Casas Consistoriales al amanecer del 31 de mayo, como había ya sucedido en la memorable mañana del 10 de agosto, y destituyó al Consejo general municipal, que estaba reunido en pleno; al propio tiempo, como para notificar por este acto la toma del poder por el pueblo soberano, nombró á Henriot general en jefe de la fuerza armada; ordenó la prisión de los tres girondinos Roland, Claviere y

(4) Schmidt, I, págs. 232-233, citado por Taine, obra citada, II, página 437.

(5) Para lo que sigue, Mortimer-Ternaux, VII, pág. 298.